



XIII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2011

CATEGORÍA ADULTO:

Relato premiado: *“La nube roja”*.

Autor / a: M^a Gema Ben Soler. Melilla.

LA NUBE ROJA

“Vive oscura, vive ignorada, que cuando tu espíritu se desate, yo lo subiré a las regiones de la luz en una nube roja.”

G. A. Bécquer, “El gnomo”

Años después, cuando el viento se hartó de consolarme, aún vería su rostro entre la multitud vociferante del Cipotegato. Años después, cuando dejé de confundir su voz de silbantes sordas con el sonido de mi propia sangre, aún me perseguiría la nube roja que el cierzo se negó a llevarse. Pero eso sería años después, cuando ya no pude seguir disfrazando de relato la verdad y tuve que mirar al viento de frente. Marta tenía razón; la verdad tarde o temprano te termina alcanzando, por mucho que corras o te escondas, por mucho que te deslices por sus pendientes para no absorber su aliento tras de ti. Yo le replicaba que quién quería una verdad teniendo un relato. Ella contestaba que estaba harta de leyendas y cuentos chinos, por eso quería marcharse de Grisel, sin saber que su verdad se había vestido de leyenda para ir tras ella.

Me paso el desvío y continué hasta Tarazona. Confieso que ha sido a propósito. No he tenido fuerzas para leer su nombre. Ni para mirar el Moncayo. No soy merecedora de ello, aún expió mi culpa, nuestra culpa. Ni siquiera el viento se ha dignado en recibirme. Será porque ya no pronuncio su nombre, todavía estoy enfadada con él, a pesar de los años. No sabía que era tan rencorosa, eso se lo dejaba a Marta, pero no tengo intención de llamarle cierzo. Viento, si acaso, y va que se mata. Aparco el coche y paseo sin rumbo, siempre de espaldas a la montaña. Ya no me impresiona su

alma morisca, ni mis pies me conducen ansiosos a la judería. Será porque me he vuelto un poco como ella, indiferente a la Historia. Vayamos a la ciudad, Marta, le rogué. Ella suspiró de aburrimiento, refunfuñó, pero me llevó de la mano hasta el Conservatorio de música. Mira, dijo, le pusieron el nombre de Raquel Meller, la que canta tu canción. La que tiene tus ojos, contesté. Sonrió. Rara vez lo hacía, sólo cuando me hablaba de su cupletista se le iluminaban los ojos. Ojos negros como los de la Meller.

¿Qué hago aquí? Me dirijo hasta el Ayuntamiento y acaricio la fría piel de la escultura de Bécquer. Supongo que estará hasta la coronilla de que lo soben, pero no puedo resistirme. Marta lo evitaba como a la peste, prefería el espíritu pagano del Cipotegato. Intenté en vano que se reconciliaran. Cuentos chinos, decía. Cuentos chinos no, Marta, leyendas. No me creyó, ni tampoco a él, que llevaba años avisándonos como buen profeta. Cuentos chinos, cuentos chinos. Me pregunto si el agua la arrastró hasta un cielo amarillo, de tanto nombrar a los chinos. Tardé meses en tirar a la basura la camiseta de la última tomatada, y cuando me armé de valor para desprenderme de sus manchas del color de la sangre, no supe a cuál de los tres contenedores condenarla. El contenedor Marta, el contenedor Magdalena o el contenedor Arturo. ¿Quién se quedaría con sus manchas? No había ningún tío Gregorio que nos hiciera de chivo expiatorio.

A Arturo le conocimos entre el revoltijo de cuerpos sobre la alfombra roja de los tomates espachurrados. A mí es que lo del Cipotegato me da claustrofobia, le dije. Cógeme la mano, y no te caerás, contestó Arturo. Mentiroso, bien que me la pegué. Sujeta también la mía, le susurró Marta al oído, que a mí también me apabala. Y le regaló sus ojos de cupletista y su sonrisa mudéjar. A mí me miraba y me rehuía, como una mariposa que choca contra la luz, quizás porque en cierta manera intuía que le convertiríamos en el tercer inquilino de un único corazón.

Debería dar la vuelta y llegar a Grisél de una vez por todas. Mi tía debe estar preocupada y seguro que la comida se estará enfriando. Pobre tía, bastantes disgustos le hemos dado ya, par de desagradecidas. Respiro hondo y ensayo mi mejor cara, es lo menos que puedo hacer después de tantos años. Me monto en el coche y me arreglo un poco el pelo. Decido soltármelo, no para que el viento juegue con él, sino para que mi tía me haga hermosas trenzas y acaricie el cabello rubio, como cuando era niña. A Marta no le gustaba que lo hiciera, le incomodaba, quizás porque el suyo era negro como el día de los espíritus. Tampoco la tía insistía, hacía tiempo que había desistido de intentar saltar el muro que la separaba de Marta. A diferencia de mí, mi hermana nunca la llamó mamá, ni hundió la cara en su cuello que olía a Moncayo y a enebro. Prefería el falso consuelo del agua.

Grisél, Grisél. Hace unos meses me presentaron a una mujer que llevaba tu nombre. Sonreí, siempre presentí que eras mujer. Rubia y de ojos verdes, o grises, según se le antojara al cielo. Como yo. De formas suaves como tu monte, silenciosa y anónima. Como yo. Por eso te amaba, porque eras como yo, antes de que la nube roja me impidiera volver a mirarte. Mi tía me espera a la entrada del pueblo. Ha envejecido, la muerte de Marta la sumió en la depresión, me dijeron, le atormentaba no haber cuidado mejor de ella. No la culpo, nunca lo he hecho. Lo hizo lo mejor que supo, se disfrazó de madre para nosotras. Intento no mirar el castillo mientras la abrazo y le robo el olor de su pelo, el olor a romero y a madera, a ropa secada al sol y a encina, olor a huevicos con jamón por la mañana; le robo el olor a Grisél. El castillo me observa cómplice. Chist, le digo, no me delates. Tal vez más tarde pasee por tus piedras, tal vez

acaricie tu piel rugosa y antigua. Pero no esperes de mí un relato, tan sólo he traído verdades. ¿Ni siquiera un cuento chino?, preguntará cansado. Ya no hay cuentos chinos, castillo, Marta se los llevó con ella.

¡Magdalena, Lenica, cuánto tiempo! Las vecinas entran en la casa a saludarme, una detrás de otra, como en un cortejo fúnebre. Intentan mostrarse alegres, se empeñan en hacerlo, pero yo sé que tras sus sonrisas y sus miradas curiosas no me miran a mí. La buscan a ella. ¿Y Arturo, cómo sigue? Igual de aburrido que siempre, contesto para mí. El bueno de Arturo, a quien escogí por la promesa que encerraba su nombre de leyenda. Por aquél entonces aún creía en esas cosas. Creía en todo. Incluso creí que mi hermana le quería, hasta que me confesó que sólo lo eligió porque la única promesa que vio en él fue la que llevaba a salir de Grisel. Y porque me gustaba a mí. Supongo que siempre fue más lista que yo, pues sólo creía en aquello que deseaba creer.

Llevo mucho rato sentada aquí, en el monte al que le clavaron espadas, entre los aerogeneradores. A mí también me clavaron un puñal en el pecho, como a ti espadas. Se supone que ambas salimos ganando, mi pequeña Grisel, a ti te regalaron prosperidad y a mí una nube roja. Mi tía andará buscándome. Se que está feo que no me haya quedado a conversar tras la comida ni que no le haya pedido que me acompañe a pasear, pero quería estar sola. No me he dado cuenta de cuánto añoraba el silencio hasta ahora, a pesar de que lo he estado llenando de relatos y voces de ciudad todos estos años. Supongo que en la capital me acechaba el silencio hostil, provocador y traicionero que habita entre el cemento. Marta tenía a la ciudad como a un tesoro del que tienes noticia pero que no se atrevía a ir a buscarlo, aunque no le temiera a los gnomos malvados que lo guardaban. Es lo bueno que tiene la ciudad, decía sentada junto a mí en el monte de la Diezma, que es el último reducto de una humanidad que aún vive junta, lo demás es soledad. Marta, Marta, hermana mía, ¿por qué escuchaste al gnomo?

¿Has ido al Pozo?, pregunta mi tía a mi regreso. No, no he ido, ni sé si seré capaz de ir. Tal vez algún día, contesta y me consuela con una media sonrisa. Las sonrisas enteras también se las llevó el agua. Tal vez algún día, deseo creer. Encontraron caras ahí dentro, me informa como si nada. Lo sé, algo escuché, contesto. Es cierto, algo escuché por la televisión, lo poco que me dio tiempo antes de que mi marido cambiara apresuradamente de canal. Tampoco Arturo podía aún hablar de ello. Allí nos quedamos, cada uno en su rincón del sofá, dejando un hueco entre ambos. Un hueco que estaba reservado para el recuerdo de Marta. A punto estuve de volverme hacia su vacío y preguntarle si creía que esas caras eran las nuestras, de tanto mirar hacia el interior de la sima, esperando que el murmullo del agua subterránea nos revelara el lugar exacto en el que ocultaba su tesoro. Yo solo creo en lo que deseo creer, respondería altiva. Claro, perdona, lo había olvidado.

Es domingo y mi tía quiere que le acompañe a misa. Por favor, me ruega, he estado tan sola. Qué suerte, pienso, yo no puedo estar nunca sola, la maldita nube roja no me lo permite. Entro en la Iglesia de la Asunción y me veo caminando hacia altar con mi vestido de Primera Comunión hecho por mi tía. También está Marta, vestida de Moncayo florecido y un gran lazo verde en el pelo, huraña porque hoy no es ella la protagonista. Nuestra tía llora emocionada al verme de blanco y ya piensa en el traje de novia que me hará el día que vuelva a caminar hacia el altar. Pobre tía, no hubo boda en Grisel, ni vestido blanco, ni flores para la Virgen del Rosario. Tampoco los palos del Dance chocaron nunca para nosotras.

Arturo y yo nos casamos en Zaragoza; él y yo, y unos amigos suyos que nos hicieron el favor de hacernos de testigos. No hubo Iglesia, ni arroz, ni siquiera lágrimas. Fue una boda civil al más puro estilo Marta. Lo demás, cuentos chinos, diría ella.

Escuchaba asomada al pequeño balcón de mi casa acercarse la moto de Arturo. Prácticamente venía cada día desde Tarazona a verme. En Grisela apenas posaba un segundo la mirada, no le gustaba. Paseábamos de la mano y nos sentábamos un rato en el Parque casilla. Casi no hablábamos, yo mirando alrededor, orgullosa de que mis vecinos me vieran con el zagal tan guapo que me festejaba. A él lo recuerdo mirando siempre al suelo, a sus viejas zapatillas, como si allí estuviera la respuesta a alguna pregunta importante. Me gustaban sus silencios, los creía embutidos de encanto y misterio. Tiempo después, la nube roja me sopló al oído que no había misterio ni leyenda mora, sólo aburrimiento. Lo demás lo guardaba para Marta.

Por aquél entonces a mi hermana apenas le veíamos el pelo. Nunca estaba en casa, ni aparecía por el olivar cuando más la necesitábamos. Anda, Lenica, decía nuestra tía, mira a ver por dónde está tu hermana. Yo sabía dónde encontrarla. Caminaba apresurada hacia el Pozo de los Aines y si no estaba allí me daba la vuelta y corría hacia la acequia. El caso es que yo sabía que de un tiempo a esta parte Marta estaba donde estaba el agua. Me acercaba a ella silenciosa, para darle un susto y reírme un rato, aunque sabía que Marta no se reiría, nunca lo hacía. Para ya, Lena, decía, nunca conseguirás asustarme, conozco tus pasos, suenan como si pisaras hojas en otoño, como los de las hadas del Moncayo. ¡Venga ya!, me burlaba, en el Moncayo no hay hadas, sólo brujas y gnomos. Cuentos chinos también hay muchos, replicaba sin apartar la vista del agua. Cuentos chinos no, Marta, leyendas.

A la mirada de los días malos, como yo la llamaba, ya estaba acostumbrada, entonces mi hermana se mostraba cortante en sus réplicas, desagradable y huidiza. Quizás por eso me di cuenta demasiado tarde de que ahora tenía la mirada hacia dentro, hacia un mundo habitado por prolongados silencios hecho a su imagen y semejanza. No se me ocurrió pensar que ya solo escuchaba al gnomo, que le indicaba la manera de llegar hasta el tesoro. Le preguntaba qué era lo que veía en el agua. Nada, respondía al principio cubriendo un velo sobre ella, cubriéndose el rostro con una careta neutra, ocultándose detrás de su aspecto de cupletista. De acuerdo, le decía yo, entonces miraré contigo la nada. Allí abajo reinaba la calma. Esa calma equívoca de los grandes fondos marinos en donde perezosos tiburones se deslizan en la penumbra Y allí, mirando sin ver asomadas al Pozo, pasábamos las horas hasta que llegaba la hora de la visita de Arturo. Sólo entonces desviaba la mirada para verme correr hacia el tesoro que ella anhelaba.

Ayudo a mi tía a fregar los platos. No hablamos, no amenizo sus quehaceres con relatos inventados. No le hago sonreírse al escucharme fantasear con brujas y gigantes. Tampoco he vuelto a cantar *La violetera* al compás de la orquesta de platos y cubiertos. Podría hacerlo de nuevo, mientras meto la comida sobrante en tarteras. Ha perdido la costumbre de cocinar para tres. Para dos, tía, para dos. Podría hacerlo de nuevo, para que vuelva a reír con mis historias de exóticos reyes moros y pastorcillas medio tontas, de princesas que habitaban el castillo y de batallas condenadas al fracaso. Podría hacerlo de nuevo, para hacerla suspirar con historias de despedidas y de pueblos que lloran su

abandono, para hacerla estremecer con gnomos que raptan a las más bellas hijas del Moncayo. De gnomos no, Lenica, de gnomos no, rogaría nerviosa. Podría hacerlo, pero no deseo hacerlo. No mientras la nube roja esté escuchando atenta a que le ponga de una vez palabras a nuestra historia. Durante años intenté alejarme de esos días metiendo en medio otros días, esos que cuestan tanto de pasar, y me refugié en el murmullo adormecedor de la narración, en el consuelo de relatos mentirosos en los que todo hubiera sido planeado con antelación y en los que pudiera calcular cuán lejos me hallaba del desenlace por las páginas que quedaban. Relatos en los que los deseos egoístas de sus protagonistas no se cobrarán un precio cruel.

El crepúsculo se cierne sobre las pedregosas calles de Grisel, atenuando el calor de sus muros y disfrazando el ambiente de una luminosidad ingravida que da la falsa sensación de placidez. A mi mente acuden otros crepúsculos, cuando era libre para contemplar el Moncayo recortándose contra el blanco harinoso de las nubes, cuando la nube roja aún esperaba que su dueña escuchara al viento que bajaba de noche de las montañas y vagaba como un espíritu inquieto cargado de promesas. Otros crepúsculos que Marta y yo compartíamos en silencio, hasta que llegaba algún vecino acompañado de un grupito de niños de ojos suplicantes de leyendas y me pedía que les invitara a un relato. Lenica, flor del Moncayo, cuéntanos, cuéntanos, decían. Marta nunca fue Martica, ni siquiera de niña. Nadie encontró diminutivo cariñoso en su gesto adusto. Tampoco se quedaba a escuchar mis cuentos, ni a ver los ojos brillantes de los más pequeños. Le molestaban sus risas, no la dejaban escuchar la película. Ni al gnomo, creo yo. Por eso me lamento de no haber seguido narrando, de no haber despertado carcajadas más sonoras que ahogaran el murmullo del agua que ya corría hacia mi hermana. Me lamento de no haber seguido hablando sin cesar, pendiente de los ojos como platos de los niños, de sus boquitas de asombro, hablando y hablando sin parar para no escuchar al viento pronunciando mi nombre. Magdalena, Lena, Lenica.

En esos días Marta me miraba constantemente. Andábamos de fiestas en el pueblo y yo estiraba sobre la cama el vestido que mi tía me había cosido para que luciera bonita. Esa noche me había soltado las trenzas y había cepillado con esmero mi cabello. A Marta no le gustaba que disfrazara mi rostro, decía que atraía los instintos más bajos de los hombres. Pero me arreglo para Arturo, para nadie más, replicaba inocente. Ella me arrebató mi barra de labios y se pintaba los suyos, abultados y sensuales. Alegaba en su defensa que a ella no la mirarían con ojos febriles. De noche todos los gatos son pardos, murmuraba yo burlona. Ella no era un gato, respondía, odiaba los gatos. Será porque eres una bruja. Le hice caso y me lavé la cara. ¿Estoy guapa? ¿Parezco una niña pequeña? Nuestra tía se asomaba a mirarme. Eres tan bonita que hasta el sol quiere besarte, y me acariciaba con amor las mejillas salpicadas de pecas. Para Marta no había lisonjas, ella no iba a la verbena. Esa noche no bailé con Arturo, nos quedamos sentados como dos pasmarotes, yo contemplando a Grisel ataviado como yo con su mejor vestido y Arturo mirando al suelo, a sus zapatillas nuevas, a su reloj digital. ¿Te gusta mi vestido?, y también me miró como Marta, sólo que menos rato. Si Vermeer te hubiera imaginado, seguro que su sirvienta seguiría en el limbo de los olvidados, dijo. Yo no tenía idea de quién era Vermeer, pero me pareció lo más hermoso que me habían dicho nunca. Al poco, me acompañó hasta mi casa, tenía que regresar pronto. El viento me lanzó el pelo a la cara y ocultó la sonrisa que había estado ensayando para él, sonrisa de mujer, como la de Marta, como la de la Meller.

Cuando desperté mi hermana ya no estaba. Esta chica..., se lamentaba nuestra tía, dónde estará. La encontré sentada junto a la acequia. Tenía el pelo revuelto y las mejillas encendidas. Me miraba con ojos inquietos, un poco cansados de mirar tanto a Grisela, se excusaba. Ojos que se levantan como alas empapadas hacia los míos, ojos que se agitan y, como alas empapadas, caen de nuevo. Cuando me rozan dejan una estela, me duele su belleza sin vida. Le gusta el agua, dice. ¿Por qué?, pregunto aunque no quiero escuchar la respuesta. Será porque ya la conozco, porque siempre la he sabido. Me gusta por ese algo que pasa pero que no se ve, contesta, porque se mueve e incluye algo sin que te des cuenta, alguien que pasa, algún reflejo de aquello que es tan antiguo como el tiempo. Me alejé sin despedirme, sin decirle que la tía la reclamaba. Me pasó la mañana con la sensación de volutas descarriadas de un mundo ajeno intentando filtrarse por las grietas de Grisela. Me quedé quieta en mitad de la calle, rodeada por los muros de las casas que me eran tan conocidas como mi propio cuerpo, escuchando por primera vez el silencio cotidiano que las envolvía. Las casas intentaban advertirme, hacerme rescatar del río fugaz de mi memoria las palabras que tantas veces había leído y adornado con otras de mi propia cosecha, palabras hechas leyenda que siempre habían estado ahí, en cada recodo, debajo de cada silla, escondidas en los armarios, expectantes en los balcones. Palabras que los lamentos del cierzo nos retaban a descifrar, suaves oclusivas susurradas al oído que desaparecían antes de que pudieras oírlas. Palabras encerradas en la sonrisa granítica del Moncayo. Palabras, palabras que tapiaban la nube roja para mantener a raya su penumbra. Magdalena, Lena, Lenica.

La que andaba silenciosa y taciturna en los días siguientes era yo. De noche no dormía, atenta a los ocasionales suspiros de mi hermana en la cama de al lado. Me preguntaba qué estaría soñando. Ella se revolvía, se estiraba como una gata perezosa, abría sus labios. Yo esperaba escucharla pronunciar el nombre de Arturo. De sus labios sonaba diferente, como si ése a quién soñaba no fuera mi Arturo, mi dulce y tranquilo tesoro. Más de una vez quise despertarla, rogarle que no se abandonara a las caricias del gnomo, al abrazo del agua. Porque sabía que no era por Arturo por quien ella suspiraba, sino por un tesoro que sus ojos de cupletista se negaban a ver que no existía. No te lo creas, Marta, murmuraba yo a su lado, no te lo creas. Yo creo en todo, me respondería, en todo lo que deseo creer. Acuérdate, Marta, acuérdate que no son los lobos los huéspedes más terribles del Moncayo. Cuentos chinos, objetaría, cuentos chinos...

Pasaba el verano en Grisela y, a fuerza de no escuchar a mi instinto, aprendí a deslizarme por sus calles, por sus esquinas, atravesando los cuerpos de sus habitantes, adoptando un aire vago, casi estúpido, como si me hubiera vuelto transparente. Aprendí que todo puede desaparecer, las sospechas y el miedo, la certeza de lo que habría de acontecer, como si me hubiera asomado a una bola de cristal y pudiera desleír en una nebulosa su mensaje, transformándolo en algo tan absurdo para haber sido jamás verdad. Aprendí a ignorar la voz del viento, a no darme por aludida, y aprendí a no mirar a Marta. No volví a ir en su busca, ni a contemplar con ella la nada en el Pozo de los Aines. Compartía el cielo líquido del verano de Grisela con Arturo, escrutando sus ojos por si descubría algún reflejo de los de mi hermana, mirando sus labios en busca del contorno de los de Marta, interrogándole, sepultándole con mis preguntas. Pero él callaba y miraba absorto sus zapatillas. Te quiero a ti, Lena, susurraba sin mirarme. Lo dices triste, parece una condena, respondía yo. Pero él callaba y seguía mirando sus malditas zapatillas.

Rayos que arañaban el cielo como estrías tras un parto me retenían en mi casa aquella tarde. Se hizo oscuro de golpe, el sol se ocultó tras los montes. Me encogía con cada cañonazo que el cielo me lanzaba. Intentaba distraerme contemplando la lluvia golpear contra los cristales, como si quisiera llamar mi atención. Intenté distinguir su silueta tras la cortina de lluvia, pero era difícil ver nada, incluso con la fosforescencia de los rayos que teñían de violeta el cielo supuestamente protector. Oí que el viento furioso penetraba en la casa. Me asusté y corrí a cerrar todas las ventanas de la casa. Mi tía rezaba a Santa Bárbara, como era su costumbre. Yo sabía que ningún santo escucharía ya mis plegarias, ni siquiera San Jorge lucharía de nuevo con el dragón por salvarme. ¡Pero esta chica dónde se mete, con la que está cayendo!, se lamentaba una vez más mi tía. Marta aún no había vuelto y quería salir a buscarla. La noche envolvía Grisela, subrayaba con sus sombras el monte y los contornos del castillo. Aún se veía algo, pero no iba a durar mucho. Algunos truenos ya lejanos perforaban la oscuridad. Tenía miedo, un temor que me subía del estómago a la garganta, pero ya no soportaba quedarme en casa, arrojando lúgubres sombras sobre la ausencia de Marta. El viento húmedo y pegajoso de la tormenta me empujaba, pensé no escucharle y darme la vuelta, pero ya estaba cansada de taparme las orejas. Si quería mi tesoro, tenía que ir a buscarlo.

Mi tía me ha prestado su cama. No me ha hecho falta pedírselo, sabe que no soy capaz de tumbarme al lado del vacío de Marta, de su cama de edredón verde, igual que su gemela. Una vez, al poco de morir Marta, subí a la habitación y esperé sentada en mi cama a que me rogara consuelo, al fin y al cabo, ella también había perdido a su hermana. Estuve allí hasta que mi tía subió a buscarme y me convenció de que las piedras y los muebles no sienten ni padecen, no les afectan las palabras, ni el miedo, ni la muerte, por eso duran más que nosotros. ¿Y el viento, tía?, pregunto. El viento tiene memoria, Magdalena. Cuentos chinos, tía, replico esperanzada, deseando creer. Cuentos chinos no, Lenica, leyendas, solloza mi tía.

Me guié por risas clandestinas y palabras veladas que el viento me empujaba a la cara. Anduve sigilosa, con cuidado de no tropezar y de que mis temblores no me delataran. Pronto reconocí sus penumbras entre las sombras que los escondían. Callaron expectantes al adivinar mis pasos. Pasos de hada, pasos de otoño. Me quedé inmóvil, tenía la cabeza llena de agua, de viento, pero ya no flotaba nada. Supe que me hundiría con ellos, todos lo haríamos. La curiosidad mató al gato, hermana, dijo. En su boca se dibujaba una mueca maliciosa. Todavía no sabemos a quién le ha tocado ser el gato, pensé. Mi boca se abría y se cerraba; en cuanto las palabras abandonaban mis labios eran sofocadas por el manto de silencio que caía sobre ellas. Marta agarró la mano de Arturo, que como era su costumbre buscaba la salida en sus zapatillas. Suelta mi tesoro, Marta. No es tuyo, el agua me lo prometió a mí, contestó. No fue el agua, hermana mía, fue el gnomo, y no da nada gratis. Las carcajadas de Marta resonaron en las paredes verdosas del Pozo, como si allá dentro también estuvieran riendo con ella. No digas tonterías, Le-ni-ca, pregúntale a Arturo qué prefiere, si tus días de cierzo o mis noches de agua y besos, me retó; yo no estoy hecha para tan poca cosa, continuó, para la vida moderada y tranquila que tu sueñas, y es que al viento no se le puede llevar la contraria, ni siquiera tú, Magdalena, con tu aspecto de hada, las mujeres como nosotras estamos destinadas a las tempestades.

Arturo alzó la cabeza y la miró un momento como si fuera la primera vez que lo hacía. Liberó su mano del abrazo de la mano de Marta y se puso a mi lado. Te quiero a

ti, Lena, sentenció, te quiero a ti. Sujeté con fuerza mi tesoro a la vez que el ambiente se tornaba rosado. ¿Y tú, hermana, qué le darás al gnomo a cambio?, replicó Marta. Miré al cielo, estaba amaneciendo y el sol teñía de rojo la única nube que flotaba obstinada detrás del Moncayo. Nos dimos la vuelta y nos marchamos de la mano, Arturo y yo. Y la nube roja que se cobró mi alma.

Sólo una vez me volvía a mirarla. Permanecía inmóvil junto al Pozo, observando como su tesoro se le escabullía de las manos con el semblante contraído en un grito inanimado. Y en su rostro descubrí reflejado, como en un espejo oscuro, como la vida que estaba por llegar tendría esa expresión contraída, esa mueca alterada, tan lejana como el grito del hombre de Munch.

Camino lentamente hacia el Pozo de los Aines. Tal vez allí esté la respuesta. La maldita respuesta que Marta buscaba en el agua, Arturo en el suelo que pisaban sus zapatillas y yo en el viento. Tal vez allí descubra qué es lo que quiere de mí la nube roja. Camino por la senda amarilla como Dorthy en busca de Oz, pero yo no soy tan valiente, solo me alcanza el ánimo para acercarme apenas. No bajo la escalera, ni me asomo a descubrir las caras. Tal vez debería hacerlo, para prestarle oídos al agua y mirar la nada junto a Marta desde su cielo amarillo. Pero sé que el agua no habla para mí, nunca lo ha hecho. Será porque mis ojos no son como los de la Meller, ni mi piel sarracena. Será porque parezco un hada o tal vez porque la nube roja tenga miedo de su canción. Siento en mi cabeza el mareo del submarinista que sube a la superficie demasiado deprisa. ¡Eso es! De pronto adivino qué significa la nube roja que me persigue. Sé como hacerla desaparecer.

Enciendo el ordenador que siempre llevo conmigo, como una extensión más de mi cuerpo. Buceo unos segundos en la pantalla blanca e insufló de vida la primera palabra, después otra y otra. Palabras, palabras, palabras que empujan la nube roja. Palabras que cargan con el peso de Grisel en sus grafías, con su melancolía, con sus leyendas, incluso sujetan con obstinación el fragor de las aguas cuando desembocan en sus cuencas naturales y expulsan de sus entrañas a la hija del Moncayo, como bofetadas de Dios.

Me cubro el corazón con mi careta de narrador omnisciente y transformo mi verdad, nuestra verdad en relato. Me invento unos culpables, les hago el boca a boca hasta dotarlos de aliento, de peso. Culpo al agua, culpo al viento y dejo que un gnomo se salga con la suya. Siento en mí el rapto de la nada, la ligereza de los días que están por venir. Nuestra historia ya no me pertenece, ya no me asfixia. La nube roja se disipa, desaparece. Ya tiene su leyenda. O su cuento chino.

¿Desea guardar los cambios en el documento?, me pregunta exhausto el ordenador. Sí, sonrío, lo deseo.